

TRATADO OCTAVO.

De la Sagrada Comunion y Santo Sacrificio de la Misa.

CAPITULO I.

Des obras nos ha mostrado Dios las mas insignes, y que mas pasan y atajan los juicios de los hombres que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas Isaias, las llama invenciones de Dios. "Haced, dice (1), notorias en los pueblos sus invenciones." Obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de si mismo. La primera obra fué su Encarnacion; en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazon tan trabada y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una Persona quedó Dios y Hombre. Nudo ciego á toda la razón del mundo, y á solo él claro; á todos tinieblas y oscuridades, y á solo él luz y claridad: nudo insoluble, que lo que una vez juntó, nunca jamás se desatará, ni desató (2). Dice San Dionisio (3) que el amor es virtud unitiva, que transforma al amante en el amado y hace de los dos uno. Pues lo que jamás pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamás se vió, de los

(1) Notas facite in populis adinventiones ejus. Isaias XII, 4. (2) Quod semel assumpsit, numquam dimisit. (3) Dionis. Areop. cap. 4 de div.

cielos abajo, que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado: de los cielos arriba bien se vé; la misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo, tal union jamás se hizo. Pues fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre, de tal suerte, que de Dios y del hombre quedó sola una Persona; y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre: y todó lo que es propio de Dios, con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre, se dice también de Dios. De manera, que el que veian los hombres, era Dios; el que veian hablar con instrumento de boca corporal, era Dios; el que veian comer, andar y afanar, era Dios. Tenia naturaleza humana realmente, y operaciones humanas, y el que las hacia era Dios. Dice el Profeta Isaias: "¿Quién jamás vió ni oyó tal cosa (1)?" Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaqueza, y cansarse y sufrir dolores y tormentos! Allá dice el Real Profeta que pusiste, Señor, vuestro asiento muy alto, y que no llegaría á vos azote ni trabajo (2); pero ahora, Señor, vemos que han

(1) Quis audivit unquam tale, et quis vidit huic simile? Isaias, LXVI, 8. (2) Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo. Ps. XC, 6.

llegado á vos los azotes, los clavos, las espinas, y que os han puesto en una cruz; cosa tan agena de Dios. Dice Isaias: "Cosa peregrina (1);" obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los ángeles.

Otra obra hizo Dios (invencion propia de su infinito amor), que fué la institucion del Santísimo Sacramento. En la primera cubrió su Ser Divino con una cortina de carne para que le pudiésemos ver; en esta cubre, no solo lo divino, sino tambien lo humano, con la cortina de los accidentes de pan y vino, para que le podamos comer. En la primera, entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana con el Verbo Divino; entróle en las entrañas de Dios: en esta segunda quiere que vos le entrañeis á él en las vuestras. Antes estaba el hombre unido con Dios; ahora quiere Dios y hombre unirse con vos. En la primera, la comunicacion y union fué con sola una naturaleza singular, que es la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unida con el Verbo Divino: en esta segunda únese con cada uno que le recibe singularmente, y hácese una cosa con él, ya que no por union hipostática ó personal, que eso no convenia, por la union mas íntima y mas estrecha que se pudo imaginar fuera de aquella: "El que come mi Carne y bebe mi Sangre, está en mí y yo en él," dice el mismo Señor (2). Obra maravillosa! No solo es la mayor de sus maravillas, como dice Santo Tomás (3), sino es una cifra y recopilacion de todas ellas (4). Del rey Asuero cuenta la Sagrada Escritura que hizo un grande y solemne convite, que du-

(1) Peregrinum est opus ejus ab eo. Isaias, XXVIII, 22. (2) Joann. VI, 57. (3) Miraculorum ab ipso factorum maximum. S. Thom. serm. festi Corporis Christi. (4) Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors, et miserator Dominus, escam dedit timentibus ee. Ps. C, 4.

ró ciento y ochenta dias, para mostrar sus grandes riquezas y la gloria de su poder (1): así este gran rey Asuero, Cristo nuestro Redentor, quiso hacer un convite Real, en el cual mostrase la grandeza de sus tesoros y riquezas y el poder y magestad de su gloria: porque el manjar que nos dá en este convite es el mismo Dios, obra que admira y espanta tambien al mundo, no menos que la primera. Y aun en sola la sombra de este admirable misterio, que fué el maná, se admiraron: "¡Ay! ¿qué es esto (2)?" Y despues decian: "¿Cómo este puede darnos á comer su propia carne? ¿Qué? ¿es posible que habemos de comer su carne (3)?" Y no dura este convite ciento y ochenta dias, como duró el del rey Asuero, sino mil y seiscientos años, y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos y siempre dura. Con razon se admira y esclama el Profeta: "Venid, y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra (4)." Pasma el artificio y sabiduria de los consejos de Dios que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra habemos de tratar ahora: dénos el Señor su gracia para ello, que bien la habemos menester. El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en su Sagrado Evangelio, tratando de la institucion de este Santísimo Sacramento, dice: "Como amase Cristo nuestro Redentor á los suyos, que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó (5):" porque entonces les hizo mayores beneficios y les dejó mayores prendas de amor, entre las cuales una de las prin-

(1) Ut ostenderet divitias gloriae Regni sui. Esther. I, 4. (2) Manhu, quid est hoc? Exod. XVI, 18. (3) Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Joann. VI, 53. (4) Venite, et videte opera Domini, quae posuit prodigia super terram. Ps. XLV, 9. (5) Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann. XIII, 1.

cipales ó la mas principal fué este Santísimo Sacramento, quedándose en él Su Magestad verdadera y realmente; en lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenía; porque la condicion del amor verdadero es querer tener siempre presente al que ama y gozar siempre de su compañía. Y así; habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo á su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese; y de tal manera irse, que tambien se quedase. Asi como salió del cielo, sin dejar el cielo; así sale ahora de la tierra, sin dejar la tierra. Y así como salió del Padre, sin dejarle (1); así sale ahora de sus hijos, sin dejarlos. Mas: es tambien condicion del amor desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde de él, y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria. Pues para que no nos olvidemos de él, nos dejó por memorial este Santísimo Sacramento, en que se queda él mismo en persona, no queriendo que entre él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria que él mismo. Y así, en acabando de instituir este Santísimo Sacramento, dijo: "Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí" (2), acordándoos de lo mucho que os amé; de lo mucho que os quise; y de lo mucho que por vuestra causa padeci. Engrandecía mucho Moisés al pueblo de Israel, que no habia nacion tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí como ellos (3). Y Salomón habiéndose edificado el Templo,

(1) Exivi a Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. Joann. XVI, 28.
 (2) Hoc facite in meam commemorationem. Luc. XXII, 19.—I. ad Cor. XI, 24 et 26.
 (3) Neque est alia natio tam grandis, quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris. Deut. IV, 7.

se espantaba y decía: "¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos, con toda su anchura, no bastan Señor, para daros lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado (1)?" ¿Con cuánta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues ya no la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? "Veis aquí que estoy con vosotros todos los dias, hasta que se acabe el mundo (2)." Gran consuelo y favor fué querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que éntre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros barrios y calles, y se deje llevar y sea portátil, y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces y á todas horas, de dia y de noche, y tratar allí con él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y favor para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos? "Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros; iré donde me quisieredes llevar; pasearme he por vuestras calles, honraros he (3)." ¿Qué corazón hay que no se enternezca é inflame viendo á Dios tan casero? No se contentó el Señor con que le viviésemos en nuestros templos y casas, sino que le tuvimos dentro de nosotros

(1) III. Reg. VIII, 27.
 (2) Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi. Math. XXVIII, 20.
 (3) Ponam tabernaculum meum in medio vestri; ambulabo inter vos, et ero Deus vester. Levit. XXVI, 11.

mismos; quiso entrañarse en nuestro corazon; quiso que vos mismo fuédeses el Templo, y el Cáliz, y la Custodia, y Relicario donde estuviere y se depositase este Santísimo Sacramento (1). No nos le dan aquí á besar como á los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oída! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona! ¡Al mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre! ¡Al mismo que recibió y trajo la Sacratísima Reina de los Angeles nueve meses en sus entrañas purísimas! Si Santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Virgen vuestra Madre, en tantas entrañas ibades vos, maravillosa y llena de Espiritu Santo, dió voces, diciendo: "¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí (2)?" ¿qué diré yo, viendo que, no por las puertas de mi casa material, sino de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo, entráis vos, Señor, Hijo de Dios vivo? ¿Con cuánta mayor razon diré: "¿De dónde á mí? ¿Et unde hoc mihi?" ¿A mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿A mí, que tantas veces os he ofendido? ¿A mí, tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro? Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos los inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué diremos que, por el mismo caso que quiso comunicarse á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser crucificado por ma-

(1) Inter ubera mea commorabitur. Cant. I, 12.
 (2) Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? Luc. I, 43.
 B. del G., tomo XV.—II.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS, T. II.

nos de aquellos perversos sayones por nuestro amor, así permite ahora ser tratado con manos de malos y perversos sacerdotes y entrar en las bocas y cuerpos sucios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar á sus amigos? A todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice San Pablo, que los que pecan, tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es de su parte (1); todo por comunicarse á vos. Mirad si tenemos bien qué agradecerle, y buen por qué para servirle. Canta la Iglesia, y espántase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una Doncella (2); pues cotejad la pureza de aquella Doncella, y la impuridad nuestra, y vereis cuanta mayor razon tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

CAPITULO II.

De las excelencias y cosas maravillosas que la fé nos enseña que habemos de creer en este Divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fé católica que obran aquí las palabras de la Consagracion. La primera es, que habemos de creer que, en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la Consagracion sobre la Hostia, está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor; el mismo que nació de las entrañas virginales de la Sacratísima Virgen, y el mismo que estuvo en la cruz y resucitó, y el mismo que ahora está sentado á la diestra de Dios Padre. En acabando de pro-

(1) Crucifigentes sibimetipsis Filium Dei. Ad Hebr. VI, 6.
 (2) Non horruisti Virginis uterum.

nunciar el sacerdote las palabras de la Consagracion sobre el Cáliz, está allí su verdadera y preciosa Sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la Consagracion, obra Dios esta conversion maravillosa; y en todas ellas está real y verdaderamente el Cuerpo y Sangre de nuestro Redentor, y aquí le están consumiendo, y allí le están consagrando; y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aquí habemos de creer, es que después de las palabras de la Consagracion no queda allí pan ni vino; aunque á nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que sí, pero la fé nos dice que no. Dijo el Patriarca Isaac á su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendicion y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito para parecer á su hermano Esau: "La voz es de Jacob; pero las manos son de Esau (1)." Asi aqui, lo que palpamos con las manos y tocamos con nuestros sentidos, parece pan y parece vino; pero la voz, que es la fé (2), otra cosa nos dice. La fé suple aqui la falta de los sentidos (3). Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo tambien esto, que sabia el maná á todas las cosas; sabia á perdiz, y no era perdiz; sabia á trucha, y no era trucha: asi este divino maná, sabe á pan, y no es pan; sabe á vino, y no es vino. En los demas Sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el Bautismo se queda agua, y el óleo, óleo en el Sacramento de la Confirmacion y Extrema-Uncion; pero en este Sacramento múdase la materia. De manera, que aquello

(1) Vox quidem, vox Jacob est; sed manus, manus sunt Esau. Gen. XXVII. 22.

(2) Auditus autem per verbum fidei. Ad Rom. X. 18.

(3) Praestet fides supplementum sensuum defectui.

que parece pan, no es pan; y aquello que parece vino, no es vino: sino la sustancia del pan se muda y convierte en el verdadero Cuerpo de Cristo nuestro Salvador; y la sustancia del vino, en su Sangre preciosa. Dice muy bien San Ambrosio: "quien pudo hacer algo de nada, criando los cielos y la tierra, mucho mas podrá hacer una cosa de otra y mudar una sustancia en otra (1)." Y mas; vemos el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne, mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversion maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro, mucho mas es que Dios se haya hecho hombre, sin dejar de ser Dios, que no que el pan, dejando de ser pan, se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina, con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con esta misma el pan y el vino se convierten en la Carne y Sangre de Cristo: "A Dios ninguna cosa le es imposible," como le dijo el Angel á nuestra Señora (2).

Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversion, que no es al modo de las demas conversiones naturales, en las cuales, cuando una cosa se convierte en otra, queda algo de la sustancia de la cosa que se muda; porque la materia se es la misma, y solamente se muda la forma, como cuando la tierra se convierte en plata, y el agua en cristal: es como cuando de un poco de barro ó cera haceis una vez un caballo, otra un león. Pero en esta admirable conversion, después de la Consagracion, en la Hostia no queda nada de la sustancia del pan, y en el Cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma, ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan

(1) Ambros. lib. de his qui iniantur minist. cap. 9.

(2) Quia non est impossibile apud Deum omne verbum. Luc. 1, 37.

se convierte y muda en todo el Cuerpo de Cristo; y toda la sustancia del vino, en toda su Sangre preciosa. Y asi la Iglesia, con mucha conveniencia y propiedad, como dice el Concilio Tridentino (1), para significarnos esta total conversion, la llama transustanciacion, que quiere decir: mudanza de una sustancia en otra; porque asi como la generacion natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar transformacion; asi en este sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del Cuerpo y Sangre de Cristo, se llama con mucha razon «transustanciacion.»

De manera, que no queda en el Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan, ni de la sustancia del vino, sino solamente queda allí el color, olor y sabor, y los demas accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esa es otra maravilla grande, que resplandece en este Santísimo Sacramento, que están allí estos accidentes sin estar en sustancia y sugeto alguno; siendo propio de los accidentes el estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la filosofia; porque la blancura, claro está que naturalmente no puede estar por si, sino junta y pegada con alguna sustancia. Y el sabor y olor tambien: pero aquí, sobre todo orden de naturaleza, se quedan los mismos accidentes del pan y del vino, siendo sobrenaturalmente sustentados por si solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como habemos dicho; y en el Cuerpo y Sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes, y asi los tiene y sustenta Dios de por si con un perpétuo milagro.

Mas: habemos de creer que en este San-

(1) Concilium Tridentin, ses. 13 de Sanctissimo Eucharist. Sacramento, cap. 4.

tísimo Sacramento, debajo de las especies y accidentes de pan, está, no solo el Cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, como está en el cielo. De manera que en la Hostia, juntamente con el Cuerpo, está tambien la Sangre de Cristo nuestro Redentor, y su Anima Santísima, y su Santísima Divinidad. De la misma manera en el Cáliz, debajo de las especies de vino, está, no solamente la Sangre de Cristo, sino tambien el Cuerpo, Anima y Divinidad. Pero advierten los teólogos, que no están aqui todas estas cosas por una misma razon y manera; sino unas están en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la Consagracion, y otras por via de concomitancia ó compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras que se significa y esplica por las mismas palabras de la forma de la Consagracion. Y de esta manera no está en la Hostia mas que el Cuerpo de Cristo, ni en el Cáliz mas que la Sangre, porque las palabras hacen lo que significan, y eso solo es lo que significan: «Este es mi Cuerpo;» «Esta es mi Sangre.» Aquellas cosas se dicen estar por via de concomitancia ó compañía, que están juntas y en compañía de aquello que se esplica y declara por las palabras; y porque el Cuerpo de Cristo no está ahora solo, sino juntamente con la Sangre, y con el Anima, y con la Divinidad, por eso están allí tambien en la Hostia todas estas cosas; y porque la Sangre tampoco está ahora sola, sino juntamente con el Cuerpo, y con el Anima, y con la Divinidad; por eso están tambien en el Cáliz todas estas cosas. Entenderse há esto bien por aquí. Dicen los teólogos que si en aquellos tres dias que Cristo estuvo en el sepulcro consagrara San Pedro ú otro de los Apóstoles, que no estuviera en el santísimo Sacramento el Anima de Cristo, porque entonces no estaba el Anima junta con

el Cuerpo, sino solamente estuviera allí el Cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro, aunque junto con la Divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera, cuando consagró Cristo el jueves de la Cena, estaba allí en el Sacramento Cristo nuestro Redentor, verdadero Dios y verdadero Hombre; pero pasible y mortal, como entonces lo era; mas ahora está en el Sacramento vivo, glorioso y resucitado, inmortal é impasible, como está en el cielo.

Empero, aunque eso es así, que en la Hostia está la Sangre, y en el Cáliz el Cuerpo de Cristo nuestro Redentor; con todo eso, convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas cada una de por sí, para que así se representase mas al vivo la Pasion de Cristo, en la cual la Sangre se apartó del Cuerpo; y así se hace mención de esto en la misma consagración de la Sangre (1). Y tambien, pues se instituyó este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras ánimas, convino que se instituyese, no solo en manjar, sino tambien en bebida, porque el perfecto alimento del cuerpo, de estas dos cosas consta; pero una cosa podemos sacar de aqui para consuelo de los que no son sacerdotes, y es, que aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen misa, sino solamente debajo de las especies de pan, por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la Hostia el Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su Sangre, su ánima y su divinidad; porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquiera de las especies. Y dicen los teólogos y los Santos que reciben tanta gracia como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposicion. San Hilario dice que así como en el maná,

(1) Qui pro vobis, et pro multis effundetur.

que fué figura de este Santísimo Sacramento, ni el que cogia mas hallaba por eso mas, ni el que cogia menos hallaba por eso menos, como dice la Escritura (1): así tambien en este divino Sacramento, ni el que le recibe debajo de especies de pan y vino recibe por eso mas, ni el que le recibe solamente debajo de especies de pan, recibe por eso menos. Todos son iguales en esto.

Mas: hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es, que no solamente está Cristo todo entero en toda la Hostia, y todo entero en el Cáliz, sino en cada partícula de la Hostia y en cada partícula de las especies del vino está tambien todo Cristo, tan entero como está en toda la Hostia, y tan entero como está en el cielo, por mínima que sea la partícula, como se colige claramente del Evangelio; porque Cristo nuestro Señor no consagró de por sí cada bocado de aquellos con que comulgó a sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan que, dividida, bastase para comulgarlos á todos. Y así del Cáliz, dice espresamente el Sagrado Evangelio que le dió Cristo á sus discipulos, diciendo: "Tomad y divididle entre vosotros (2)." Y no solo cuando se parte y divide la Hostia ó el Sanguis, sino tambien antes que se parta, está el Cuerpo de Cristo todo entero en toda la Hostia y todo entero en cualquier partícula de ellas. Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural, que nos pueden dar alguna luz en esto; porque nuestra ánima está tambien toda en todo el cuerpo y toda en cualquier parte de él. Y la voz que yo hablo, que es ejemplo de San Agustin, está toda en vuestros oidos y toda en los de todos los oyentes: y si tomáis un espejo, vereis en él vuestra figura toda entera, aunque el

(1) Exod. XVI, 18.

(2) Accipite, et dividite inter vos. Luc. XXII, 17

espejo sea pequeño y mucho menor que vos; y si dividís el espejo en muchas partes, en cada parte vereis tambien vuestra figura, ni mas ni menos como la viades en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los doctores y Santos para declararnos estos misterios, aunque ninguna hay que del todo tenga semejanza; pero todavia ayudan y dan alguna luz.

Y hay aqui otro misterio, que cuando se parte y divide la Hostia ó el Sanguis, los accidentes del pan y del vino son los que allí se parten y dividen; pero Cristo no se parte, ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula, por pequeña que sea. Y de la misma manera, cuando mascáis, no mascáis ni desmenuzáis á Cristo. Dice San Gerónimo: «¡Oh engaño é ilusion de nuestros sentidos! parece que os partimos y mascamos como el pan material que comemos; mas la verdad es que no partimos, ni mascamos, sino aquellos accidentes que vemos; pero vos, Señor, entero y perfecto os quedais en cualquier partícula, sin corrupcion ni division alguna, y entero os recibimos (1).» Y así lo canta la Iglesia:

No lo parte el que comulga,

No lo quiebra, ni divide,

Todo entero lo recibe.

Quebrántase el Sacramento;

Mas no Cristo, que está dentro (2).

Acontécenos en este convite al revés que en los convites de acá, en los cuales cortais un manjar, pero no cortais los platos, ni vasija: pero en esta divina Mesa no

(1) Oh humanorum illatio sensuum! franguntur illa, quae humanis sensibus in te videntur accidentia; et tamen nec corrumpis, nec frangeris: te dentes videntur masticare, velut materialem panem, et tamen nunquam masticaris; perfectus, et integer, sub qualibet quantumcumque minima contineris particula. Hieron. tom. 4, pag. 358 apud Eusebium.

(2) A sumente non concisus,

Non contractus, non divisus,

Integer accipitur.

Nulla rei fit scisura,

Sigui tantum fit fructura.

es así, pártese el plato y la vasija, que son los accidentes, y quédase el manjar y la sustancia entera. Mas: en las otras mesas coméis la vianda y el manjar, pero no coméis las vasijas, ni los platos: pero en esta Mesa soberana comemos el manjar, y es tan sabroso que nos comemos el plato tras él.

Todas estas cosas que la fé nos enseña, nos habemos de contentar por ahora con creerlas y venerarlas, sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de San Agustin: «Este ha de ser como primer principio, que puede Dios mas de lo que nosotros podemos alcanzar (1).» Porque, como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios si nuestro entendimiento y razon las pudiera comprender. Y así, ese es el mérito de la fé, creer lo que no vemos. Y aun en los misterios de este Santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demas misterios de la fé; porque en los demas, creemos lo que no vemos, que es mucho de loar (2); mas aqui no solo habemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos, porque segun nuestros sentidos parecemos que hay allí pan y vino, y habemos de creer que no lo hay. Es semejante la fé que tenemos de este misterio á la que tuvo Abraham, que tanto encarece San Pablo, en la que venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural que los ojos veian (3), porque creyó y esperó que tendria hijo, contra todo lo que le prometia la esperanza natural, pues naturalmente no le podia tener por ser él y su muger tan viejos. Y despues, queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo habia mandado, con todo eso

(1) Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur illud investigare non posse. Aug. trat. 12 super Joann.

(2) Beati, qui non viderunt, et crediderunt. Joann. XX, 29.

(3) Qui contra spem in spem credidit. Ad Rom. IV, 18.

creyó que le habia el Señor de cumplir la promesa que le habia hecho de multiplicar en él su generacion. Asi en este divino Sacramento, creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos: y asi es de gran mérito lo que aquí creemos. Dijo Dios á su pueblo: "á la mañana comereis pan, y á la tarde os daré carne (1)." La mañana es esta vida presente. Dáenos Dios en especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, vereis la carne de Cristo, y entenderéis claramente cómo y de qué manera está allí: romperáse entonces el velo, correránse las cortinas, y veremos todas estas cosas claramente cara á cara.

Muchos milagros y muy auténticos pudiéramos aquí traer en confirmacion de lo que habemos dicho, porque están los Santos y las historias llenos de ellos; pero solo quiero decir uno, que se refiere en la Crónica de la Orden de San Gerónimo (2). Un religioso llamado Fray Pedro Cavañuelas, que despues fué Prior de Guadalupe, fué muy combatido de tentaciones de fé, y especialmente acerca del Santísimo Sacramento del Altar, diciéndole el pensamiento cómo podia ser que hubiese Sangre en la Hostia; quiso el Señor librarle del todo de esta tentacion con un modo maravilloso, y fué, que diciendo un sábado misa de nuestra Señora, despues que hubo consagrado, inclinándose á decir la oracion que comienza: *Supplices te rogamus*, vió una nube que descendió de lo alto y cubrió todo el altar donde él decia misa; de manera, que con la oscuridad de la nube él no podia ver la Hostia ni el Cáliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que veia, rogó á nuestro Señor, con muchas lágrimas,

(1) Exod. XVI, 12.

(2) Lib. 1, cap. 9 de la Crónica de San Gerónimo.

que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa habia aquello acaecido. Y estando asi llorando y con gran temor, poco á poco se fué quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la Hostia consagrada, y que el Cáliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le habia sido de él tomada la Sangre. Y fué tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto: y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, á rogar de nuevo á nuestro Señor y á su Santísima Madre, cuya misa decia, que le perdonasen, si lo que habia acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la Hostia, puesta en una Patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del Cáliz, y comenzaron luego á destilar y salir de ella gotas de Sangre dentro del Cáliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la Sangre, tornóse la hijuela de los Corporales á poner sobre el Cáliz, y la Hostia á su lugar, sobre el Ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué se hacer, oyó una voz que le dijo: «Acaba tu oficio, y séate en secreto todo esto que has visto.» Y de ahí adelante nunca mas sintió aquella tentacion. El acólito y ministro que servia á la misa, no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz; mas sintió las lágrimas del sacerdote, y cómo se tardó mucho mas en la misa que solía. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesta entre su confesion general; lo cual él hizo en señal del secreto que le fué mandado guardar.

CAPITULO III.

Comienzase á tratar de la preparacion que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demas, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el mas excelente de los Sacramentos, y el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas; porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de la gracia: en los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente; pero en este bebemos en la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y asi se llama este Sacramento, *Eucaristia*, que quiere decir *buenas gracias*; porque todo el bien y el principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnacion; por esto tambien se llama, por antonomasia, *Comunion*, conforme á aquello de San Lucas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles: "Perseveraban en la comunicacion del partir el pan (1)." Porque recibiendo este Santísimo Sacramento, participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su Carne y Sangre, nos hace participantes de todos aquellos tesoros que con esta Sagrada Carne y Sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunión porque une dos fieles entre sí, porque recibiendo todos un manjar y una mesa nos comunicamos y juntamos, y hacemos una misma cosa, á lo menos en la fé y Religion, y somos

todos un cuerpo, conforme á aquello que dice San Pablo: "Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan (1)." Y por eso dice San Agustin que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas, asi de muchos fieles que comunican y participan de este Sacramento, se hace un cuerpo místico.

San Juan Damasceno compara este Santísimo Sacramento á aquel carbon ó brasa encendida con que uno de los serafines purificó los labios del Profeta Isaias (2) y quitó todas sus imperfecciones. Asi, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad, que es fuego consumidor (3), consume y purifica todas nuestras imperfecciones y maldades, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente, este es aquel convite del Evangelio en el cual manda Dios decir á los convidados: "Ya he preparado mi convite; mis terneros y aves están muertas y dispuesto todo (4)." Diciendo que todas las cosas están á punto y preparadas, da á entender que aquí en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y asi dijo el Profeta David de este manjar: "Preparaste, Dios, con tu dulzura al pobre (5)." No dice qué es lo que nos preparó, porque es tan grande el bien que allí se encierra que no se puede con palabras esplicar. Y asi, con razon esclama la Iglesia: «¡Oh sagrado

(1) Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus. *I. ad Cor. X, 17.*

(2) Isaias VI, 6.

(3) Deus noster ignis consumens est. *Deut. IV, 24; ad Hebr. XII, 29.*

(4) Ecce prandium meum paravi; tauri mei, et altitia occisa sunt, et omnia parata. *Matth. XXII, 4.*

(5) Parasti in dulcedine tua pauperi. *Deus. Ps. LXVII, 11.*

(1) Erant perseverantes in communicatione fractionis panis. *Actor. II, 42.*